¿QUÉ ES EVANGELIZAR?

Evangelizar…

Con ardor pero sin angustia;

con fervor pero sin fanatismo;

con convicción pero sin presunción.

Evangelizar…

Como quien cuenta una historia

que empezó hace tantos años

y es tan joven como la mañana.

Evangelizar…

Sabiendo que el mapa de la bondad,

el mapa de la verdad

y el mapa de la fe

sólo al final coinciden.

Evangelizar…

Con la alegría del que nada merecía

y siendo así indigno fue amado,

y tanto le amaron que arde ya en fuego

y entre llamas habla de un amor inmenso.

Evangelizar…

Con voces de esperanza,

que dan risa y dan llanto;

con acento de Cielo,

que mueve a danza y canto.

Evangelizar…

Entendiéndolos más de lo que ellos nos entienden;

amándolos más de lo que ellos pueden amarnos;

arriesgando más de lo que nadie arriesgaría.

Evangelizar…

Celebrando el sol más allá de la noche,

saludando la gloria desde la cruz de ignominia;

viendo lo que nadie ve,

dejando morir de hambre a la mentira.

Evangelizar…

Con una canción más fuerte que el silencio,

una que sane a quien ya no lo espera,

y abrume con amor al que aprendió a burlarse,

y abrace con piedad al que muere en su hielo.

Evangelizar…

Sabiendo que cosecharemos bienes

que no hemos sembrado,

y sembraremos bienes

que no habremos de cosechar.

Evangelizar…

Cada día un poco más y un poco mejor.

¡Sí! Que la muerte te encuentre anunciando a Jesús

y al encuentro con Jesús venzas

Felipe Santos, SDB

Málaga-junio-2008

340. *Nuestro Pueblo clama por la salvación y comunión que el Padre le ha preparado y en medio de su lucha por vivir y encontrar el sentido profundo de la vida, espera de nosotros el anuncio de la Buena Noticia.*

341. *¿Qué es, pues, evangelizar? ¿Quién espera nuestro anuncio? ¿Cuál es la transformación de personas y culturas que la semilla del Evangelio ha de hacer germinar? ¿Qué nos enseña la Iglesia sobre la auténtica liberación cristiana? ¿Cómo evangelizar la cultura y la religiosidad de nuestro Pueblo? ¿Qué dice el Evangelio al hombre que anhela su promoción y quiere vivir su compromiso político-social?*

Proponemos nuestra reflexión acerca de estos interrogantes.

1. EVANGELIZACIÓN, DIMENSIÓN UNIVERSAL Y CRITERIOS

1.1. SITUACIÓN

342. Desde hace cinco siglos estamos evangelizando en América Latina. Hoy vivimos un momento grande y difícil de Evangelización. Es verdad que la fe de nuestros pueblos se expresa con evidencia pero comprobamos que no siempre ha llegado a su madurez y que está amenazada por la presión secularista, por las sacudidas que traen consigo los cambio culturales, por las ambigüedades teológicas que existen en nuestro medio y por el influjo de sectas proselitistas y sincretismo foráneos. Nuestra Evangelización está marcada por algunas preocupaciones particulares y acentos más fuertes:

343. - la redención integral de las culturas, antiguas y nuevas de nuestro continente, teniendo en cuenta la religiosidad de nuestros pueblos (EN 18,20);

344. - la promoción de la dignidad del hombre y la liberación de todas las servidumbres e idolatrías (EN 29ss);

345. - la necesidad de hacer penetrar el

vigor del Evangelio hasta los centros de decisión, "las fuentes inspiradoras y los modelos de la vida social y política"(EN 19)

346. Nuestros evangelizadores padecen en algunos casos cierta confusión y desorientación acerca de su identidad, del significado mismo de la Evangelización, de su contenido y de sus motivaciones profundas.

347. Para responder a esa situación y dar un nuevo impulso a la Evangelización, queremos decir una palabra clara y esperanzadora que aliente a evangelizar con gozo y audacia a nuestros pueblos, en quienes percibimos un anhelo profundo por recibir el Evangelio. Con este fin, recordamos el sentido de la Evangelización, su dimensión y destino universal como también los criterios y signos que manifiestan su autenticidad.

1.2. EL MINISTERIO DE LA EVANGELIZACIÓN

348. La misión evangelizadora es de todo e Pueblo de Dios. Es su vocación primordial,

"su identidad más profunda" (EN 14). Es su gozo. El Pueblo de Dios con todos sus miembros, instituciones y planes, existe para evangelizar. El dinamismo del Espíritu de Pentecostés lo anima y lo envía a todas las gentes. Nuestras Iglesias particulares han de escuchar con renovado entusiasmo el mandamiento del Señor: "Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes" (Mt. 28,19).

349. La Iglesia se convierte cada día a la Palabra de verdad; sigue a Cristo encarnado, muerto y resucitado, por los caminos de la historia y se hace servidora del Evangelio para transmitirlo a los hombres con plena fidelidad.

350. A partir de la persona llamada a la comunión con Dios y con los hombres, el Evangelio debe penetrar en su corazón, en sus experiencias y modelos de vida, en su cultura y ambientes, para hacer una nueva humanidad con hombres nuevos y encaminar a todos hacia una nueva manera de ser, de juzgar, de vivir y de convivir.

Todo esto es un servicio que nos urge.

351. Afirmamos que la Evangelización "debe contener siempre una clara proclamación de que en Jesucristo, Hijo de Dios hecho hombre, muerto y resucitado, se ofrece la salvación a todos los hombres, como don de la gracia y de la misericordia de Dios" (EN 27). He aquí lo que es base, centro y a la vez culmen de su dinamismo, el contenido esencial de la Evangelización"

352. La Evangelización da a conocer a Jesús como el Señor, que nos revela al Padre y nos comunica su Espíritu. Nos llama a la conversión que es reconciliación y vida nueva, nos lleva a la comunión con el Padre que nos hace hijos y hermanos. Hace brotar, por la caridad derramada en nuestros corazones, frutos de justicia, de perdón, de respeto, de dignidad, de paz en el mundo.

353. La salvación que nos ofrece Cristo da sentido a todas las aspiraciones y realizaciones humanas pero las cuestiona y las desborda infinitamente. Aunque

"comienza ciertamente en esta vida, tiene su cumplimiento en la eternidad" (EN 27). Se origina en Cristo, en su encarnación, en toda su vida, "se logra de manera definitiva en su muerte y resurrección". Se continúa en la historia de los hombres (Cfr. EN 9) por el misterio de la Iglesia bajo la influencia permanente del Espíritu que la precede, la acompaña, le da fecundidad apostólica.

354. Esta misma salvación, centro de la Buena Nueva, "es liberación de lo que oprime al hombre, pero, sobre todo liberación del pecado y del maligno, dentro de la alegría de conocer a Dios y de ser conocido por El, de verlo y de entregarse a El (EN 9).

355. Sin embargo, tiene "lazos muy fuertes" con la promoción humana en sus aspectos de desarrollo y liberación (Cfr. EN 31), parte integrante de la evangelización. Estos aspectos brotan de la riqueza misma de la salvación, de la actividad de la caridad de Dios en nosotros a la que quedan subordinados. La Iglesia "no necesita, pues

recurrir a sistemas e ideologías para amar, defender, colaborar en la liberación del hombre: en el centro del mensaje del cual es depositaria y pregonera, ella encuentra inspiración para actuar en favor de la fraternidad, de la justicia, de la paz; contra las dominaciones, esclavitudes, discriminaciones, violencias, atentados a la libertad religiosa, agresiones contra el hombre y cuanto atenta contra la vida" (Juan Pablo II, Discurso inaugural III, 2). La Iglesia, mediante su dinamismo evangelizador, genera este proceso:

356. - Da testimonio de Dios, revelado en Cristo por el Espíritu que clama en nosotro Abba "Padre" (Cfr. Gál. 4,6-7). Así comunica la experiencia de su fe en El.

357. - Anuncia la Buena Nueva de Jesucristo mediante la Palabra de vida: anuncio que suscita la fe, la predicación y l catequesis progresiva que la alimenta y la educa.

358. - Engendra la fe que es conversión de corazón, de la vida; entrega a Jesucristo;

participación en su muerte para que su vid se manifieste en cada hombre (Cfr. 1 Cor. 4,10). Esta fe que también denuncia lo que se opone a la construcción del Reino, implica rupturas necesarias ya veces dolorosas.

359. - Conduce al ingreso en la comunidad de los fieles que perseveran en la oración, en la convivencia fraterna y celebran la fe y los sacramentos de la fe, cuya cumbre es l Eucaristía (Cfr. He. 2,42).

360. - Envía como misioneros a los que recibieron el Evangelio, con el ansia de que todos los hombres sean ofrecidos a Dios y que todos los pueblos le alaben (Cfr. Rom. 15,16)

361. Así la Iglesia, en cada uno de sus miembros es consagrada en Cristo por el Espíritu, enviada a predicar la Buena Nueva a los pobres (Cfr. Lc. 4,18) y a "buscar y salvar lo que estaba perdido" (Lc. 19,10).

1.3. DIMENSIÓN Y DESTINO UNIVERSAL DE LA EVANGELIZACIÓN

362. La Evangelización ha de calar hondo en el corazón del hombre y de los pueblos; por eso, su dinámica busca la conversión personal y la transformación social. La Evangelización ha de extenderse a todas las gentes; por eso, su dinámica busca la universalidad del género humano. Ambos aspectos son de actualidad para evangeliza hoy y mañana en América Latina.

363. El fundamento de esta universalidad es ante todo el mandato del Señor: "Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes (Mt. 28,19) y la misma unidad de la familia humana, creada por el mismo Dios que la salva y la marca con su gracia. Cristo, muerto por todos, los atrae a todos por su glorificación en el Espíritu. Cuanto más convertidos a Cristo, tanto más somos arrastrados por su anhelo universal de salvación. Asimismo, cuanto más vital sea la Iglesia particular, tanto más se hará presente y visible a la Iglesia universal y más fuerte será su movimiento misionero hacia los otros pueblos.

364. Nuestro primer servicio, para formar

una comunidad eclesial más viva, consiste en hacer a nuestros cristianos más fieles, maduros en la fe, alimentándolos con una catequesis adecuada y una liturgia renovada. Ellos serán fermento en el mundo y darán a la Evangelización vigor y extensión.

365. Otra tarea consiste en atender a situaciones más necesitadas de evangelización:

- Situaciones Permanentes: nuestros indígenas habitualmente marginados de los bienes de la sociedad y en algunos casos o no evangelizados o evangelizados en forma insuficiente; los afroamericanos, tantas veces olvidados.

366. - Situaciones nuevas (AG 6) que nacen de cambios socio-culturales y requieren una nueva Evangelización: emigrantes a otros países; grandes aglomeraciones urbanas en el propio país; masas de todo estrato social en precaria situación de fe; grupos expuestos al influjo de las sectas y de las ideologías que no

respetan su identidad, confunden y provocan divisiones.

367. - Situaciones particularmente difíciles grupos cuya evangelización es urgente per queda muchas veces postergada: universitarios, militares, obreros, jóvenes, mundo de la comunicación social, etc.

368. Finalmente, ha llegado para América Latina la hora de intensificar los servicios mutuos entre Iglesias particulares y de proyectarse más allá de sus propios fronteras, "ad gentes". Es verdad que nosotros mismos necesitamos misioneros. Pero, debemos dar desde nuestra pobreza. Por otra parte, nuestras Iglesias pueden ofrecer algo original e importante; su sentido de salvación y de la liberación, la riqueza de su religiosidad popular, la experiencia de las Comunidades Eclesiales de Base, la floración de sus ministerios, su esperanza y la alegría de su fe. Hemos realizado ya esfuerzos misioneros que pueden profundizarse y deben extenderse.

369. No podemos dejar de agradecer la

generosa ayuda de la Iglesia universal y en ella de las Iglesias hermanas, pidiendo que nos sigan acompañando, especialmente en la formación de agentes autóctonos. Así nos veremos siempre fortalecidos para asumir este compromiso universal y tendremos mayor capacidad de responder al servicio propio de nuestra Iglesia particular.

1.4. CRITERIOS Y SIGNOS DE EVANGELIZACIÓN

370. El evangelizador participa de la fe y d la misión de la Iglesia que le envía. Necesita criterios y signos que permitan discernir lo que efectivamente corresponde a la fe y misión de la Iglesia, es decir, a la voluntad de su Señor. "Mire cada cual cóm construye; pues nadie puede poner otro cimiento que el ya puesto, Jesucristo" (1 Cor. 3,10-11). "Vivid, pues, en Cristo, tal como le habéis recibido; apoyados en la fe tal como se os enseñó, rebosando en acció de gracias" (Col. 2,6-7; Cfr. 1 Tes. 5,19-22).

371. Estos criterios y signos son inspiradores de una evangelización auténtica y viva. Las distorsiones y perplejidades frenan o paralizan su dinamismo. Presentamos los siguientes criterios fundamentales:

372. - La Palabra de Dios contenida en la Biblia y en la Tradición viva de la Iglesia, particularmente expresada en los Símbolos o Profesiones de la fe y dogmas de la Iglesia. La Escritura debe ser el alma de la evangelización. Pero no adquiere por sí sol su plena claridad. Debe ser leída e interpretada dentro de la fe viva de la Iglesia. Nuestros Símbolos o Profesiones de fe resumen la Escritura y explicitan la sustancia del Mensaje, poniendo de relieve la "jerarquía de verdades" (Cfr. UR 11).

373. - La fe del Pueblo de Dios. Es la fe de la Iglesia universal que se vive y expresa concretamente en sus comunidades particulares. Una comunidad particular concretiza en sí misma la fe de la Iglesia Universal y deja así de ser comunidad privada y aislada; supera su propia

particularidad en la fe de la Iglesia total.

374. - El Magisterio de la Iglesia. El sentido de la Escritura, de los Símbolos y de las formulaciones dogmáticas del pasado no brota sólo del texto mismo, sino de la fe de la Iglesia. En el seno de la comunidad encontramos la instancia de decisión y de interpretación auténtica y fiel de la doctrina de la fe y de la ley moral; es el servicio del sucesor de Pedro que confirma a sus hermanos en la fe y de los Obispos "sucesores de los apóstoles en el carisma de la verdad" (DV 8).

375. - Los teólogos ofrecen un servicio importante a la Iglesia: sistematizan la doctrina y las orientaciones del Magisterio en una síntesis de más amplio contexto, vertiéndola en un lenguaje adaptado al tiempo; someten a una nueva investigación los hechos y las palabras reveladas por Dios para referirlas a nuevas situaciones socio-culturales (Cfr. AG 22) o nuevos hallazgos y problemas suscitados por las ciencias, la historia o la filosofía (Cfr. GS 62). En su servicio, cuidarán de no

ocasionar detrimento a la fe de los creyentes, ya sea con explicaciones difíciles, ya sea lanzando al público cuestiones discutidas y discutibles.

376. - La labor teológica implica cierta pluralidad resultante del uso de "métodos y modos diferentes para conocer y expresar los divinos misterios" (Cfr. UR 17). Hay, pues, un pluralismo bueno y necesario que busca expresar las legítimas diversidades, sin afectar la cohesión y la concordia. También existen pluralismos que fomentan la división.

377. - Todos participamos de la misión profética de la Iglesia. Todos sabemos que el Espíritu nos distribuye sus dones y carismas para bien de todo el Cuerpo. Debemos recibirlos con gratitud. Pero su discernimiento, es decir, el juicio de su autenticidad y la regulación de su ejercicio, corresponde a la autoridad en la Iglesia, a la cual compete, ante todo, no sofocar al Espíritu, sino probarlo todo y retener lo bueno (Cfr. LG 12).

- Algunas actitudes nos revelan la autenticidad de la Evangelización:

378. - Una vida de profunda comunión eclesial (Cfr. Gál. 2,2,).

379. - La fidelidad a los signos de la presencia y de la acción del Espíritu en los pueblos y en las culturas que sean expresión de las legítimas aspiraciones de los hombres. Esto supone respeto, diálogo misionero, discernimiento, actitud caritativ y operante.

380. - La preocupación porque la Palabra de verdad llegue al corazón de los hombres y se vuelva vida.

381. - El aporte positivo a la edificación de la comunidad.

382. - El amor preferencial y la solicitud po los pobres y necesitados (Cfr. Lc. 4,18; EN 12).

383. - La santidad del evangelizador (EN 76), cuyas notas características son el sentido de la misericordia, la firmeza y la paciencia en las tribulaciones y

persecuciones, la alegría de saberse ministro del Evangelio (EN 80).

384. En conclusión, lo que se pide al servidor del Evangelio es que sea encontrado fiel (Cfr. 1 Cor. 4,2). Su fidelidad crea comunión; "de ella emana una gran fuerza apostólica" (PC 15) que enriquecerá con abundantes frutos del Espíritu a la Iglesia (Cfr. Gál. 5,22; Juan Pablo II, Homilía Guadalupe, AAS LXXI, p. 164).

II) NUEVA EVANGELIZACION Y MEDIOS DE COMUNICACION

S.E.R. Mons. John P. Foley, Presidente del P.C.C.S.
Elementos del discurso en la Reunión de la Nea 2000
Santo Domingo
23 al 26 octubre 2000

En esta ocasión el encuentro de la “Nueva Evangelización 2000” desea centrar su mirada

sobre la comunicación social, y más precisamente, desea abrir caminos para una estrategia eclesial común en materia de comunicaciones que, inspirándose en el documento “Ecclesia in America” tenga un respiro verdaderamente continental.

No me detendré en subrayar la importancia que hoy tienen los medios de comunicación social, potenciados y multiplicados por las nuevas tecnologías. Esto lo sabemos todos, tanto es así que nos esforzamos cotidianamente en aprovechar todas las ventajas de esos medios para difundir la Buena Noticia de Jesucristo. Sabemos también que es el propio Magisterio Pontificio el que, desde hace décadas, se esfuerza en sensibilizar a toda la Iglesia para que responda adecuadamente a los desafíos de este tiempo. Es nuestro deber, pues, caminar

hacia adelante con creatividad y fe intrépida en la acción del Espíritu Santo, que es el protagonista de la Nueva Evangelización.

Los Medios, entre luces y sombras

El primer paso hacia una estrategia realista y eficaz consiste en conocer el contexto en que nos movemos. Sin pretender agotar los rasgos de la cultura mediática actual, desearía señalar algunas de sus características más significativas.

Creo que no necesito reafirmar que "*la Iglesia asume los medios de comunicación social con una actitud fundamentalmente positiva y estimulante. (...) Considera que estos instrumentos son grandes dones de Dios y verdaderos signos de los tiempos*" (Etica en las comunicaciones sociales, *4*). Los Medios nos ofrecen un amplio campo de acción y son útiles

auxiliares para llegar más lejos y en menor tiempo a más personas, llevándoles un mensaje de fe, de dignidad personal y de auténtica felicidad.

Pero el panorama a nuestro alrededor es cada vez más complejo, de modo que no podemos recurrir a estrategias unilaterales o parciales. La presencia aquí de todos nosotros demuestra que comprendemos cuán poco sirven hoy las figuras solitarias que brillan y se extinguen en un fulgurante aislamiento. Deseamos abrir cauces de colaboración, ***formar redes***, actuar en forma coordinada e ***interdisciplinar***. El uso de los medios de comunicación social exige unidad de pensamiento y de esfuerzo en el respeto por la pluralidad de carismas que la Iglesia posee. Nadie puede permitirse el lujo de rechazar la

aportación de los otros sin correr el riesgo de ser más pobre. La colaboración de todos en este campo es, si cabe, más necesaria y más urgente que nunca. La ***eclesiología de comunión,*** impulsada por el Concilio Vaticano II, se anticipó a los tiempos que vivimos abriendo caminos para hablar con acierto a este mundo de la globalización.

No solo un negocio

- Por otra parte, los Medios son considerados y usados, cada vez más, como un ***negocio***. Si bien el aspecto lucrativo de la comunicación social ha estado presente desde sus orígenes -tanto en la prensa escrita como en la radio y la televisión- nunca como ahora la noticia y los contenidos se han considerado pura y llanamente como ***mercancías***. Las exigencias del "rating" se imponen, con

frecuencia, sobre la vocación de servicio en los periodistas, sobre la exigencia de fidelidad a la verdad y de respeto a códigos deontológicos más o menos explícitos. Respuestas como "*Esto es un negocio, y tenemos que vender*" se usan para justificar la difusión de materiales escandalosos, violentos, pornográficos y de mal gusto. Las armas del llamado "cuarto poder" se inclinan, más que al análisis serio de las situaciones, al chantaje de políticos y famosos a través de la difusión de su vida privada.

Esta realidad no debe desanimarnos de proclamar la obligación que tienen los Medios de ejercer con responsabilidad, y dentro de un marco ético, la comunicación social; pero debemos estar conscientes de las presiones que a veces sufren por parte de sus empresas los

periodistas que ven su tarea como un servicio a la verdad y al bien .

Estrategias de protección

- Otro elemento que se ha acentuado en los últimos años es la ***accesibilidad de los materiales más nocivos*** a niños y jóvenes de cualquier edad. Se podría argumentar que la pornografía y otras publicaciones dañinas siempre estuvieron al alcance de las nuevas generaciones, a escondidas de sus padres y profesores. Pero la informática es un mundo mucho más inmediato y de más fácil manejo para los menores que para los adultos de hoy. Los formatos son variados: desde videojuegos con alta carga de violencia, hasta los reales peligros presentes en Internet. Ante estos fenómenos la Conferencia Episcopal de los Estados Unidos se ha dirigido a las familias

para aconsejarles estrategias de protección de sus niños en el uso de Internet. Este es un capítulo sobre el cual la Iglesia debe seguir animando a familias y escuelas a trabajar en diversos niveles: no sólo a través de programas informáticos de protección, sino también con el diálogo y compañía a los pequeños, así como la educación para ser críticos y selectivos por sí mismos. No olvidemos que "*los comunicadores profesionales no son los únicos que tienen deberes éticos. También las audiencias –los usuarios- tienen obligaciones*" (Etica en las comunicaciones sociales, 25).

Desearía recordar aquí que no son las nuevas tecnologías ni la comunicación social en sí mismas las responsables de estos fenómenos. Lo es el mal uso que se hace de

ellas y la falta de una normativa que se adecue a la nueva fisonomía del mundo.

Ante la polarización del continente

- Otro aspecto a considerar es una gran tendencia, señalada por el CELAM en diversos estudios socioeconómicos: la ***polarización del continente*** entre los ricos, cada vez menos numerosos, y los empobrecidos que son muchos millones. Esta división puede ser acentuada también por el uso, o no, de las nuevas tecnologías y el acceso a la información. La Iglesia en el continente está emprendiendo la tarea de hacer llegar los beneficios de las nuevas tecnologías hasta las comunidades más alejadas y desprovistas, a través de proyectos como la Red Informática de la Iglesia en América Latina (RIIAL). Multiplicar los usuarios del correo electrónico

allá donde no hay bibliotecas ni material evangelizador, para que puedan recibir subsidios para la pastoral, es uno de los compromisos más esforzados de la RIIAL y que los Episcopados de América Latina están emprendiendo con ímpetu en muchos países. Nos corresponde animar la creatividad y el entusiasmo de muchos jóvenes católicos que están dispuestos a dedicar tiempo, conocimientos y esfuerzos, a esta nueva forma de ser misioneros del Evangelio.

Sentido religioso

- El mundo de los Medios, incluso el de Internet, lejos de ignorar el ***sentido religioso*** que late en toda persona, ha incorporado todo tipo de mensajes que pretenden responder a esa sed de espiritualidad y de sentido que no ha desaparecido en las personas de hoy. Sólo que,

como indicaba el Cardenal Razinger durante la presentación del documento “Dominus Iésus”, nos encontramos en la era del “pensamiento débil”. En este contexto la superstición se equipara con la fe y el esoterismo con la liturgia. Es un caldo de cultivo de confusión cultural que facilita el proselitismo de sectas y agrupaciones pseudo-religiosas que logran una difusión sin precedentes.

Acción de la Iglesia en el nuevo milenio

El panorama descrito arriba pudiera provocar cierta desazón. No obstante, para quien sabe “leer” esos y otros posibles aspectos negativos de la comunicación social, tales sombras definen amplios terrenos libres; se nos ofrece un vasto campo para construir. El Evangelio -nuestra única posible clave de lectura de la realidad-, nos empuja a la acción

esperanzada y conlleva para la Iglesia ser valiente y, por expresarlo así, “modélica” en sus iniciativas.

Uno de los campos libres a los que me refiero es el de los contenidos. Los grandes emporios de la comunicación se plantean la falta de material para llenar los inmensos espacios virtuales que abren las nuevas tecnologías, los cientos de canales televisivos disponibles, etc. En este sentido aún persisten en la Iglesia algunas resistencias a dar el paso de expresarse cuando es interpelada, a ser creativa productora de los contenidos en los que es millonaria, aunque aún deba perfeccionarse en los nuevos lenguajes del mundo actual.. Conviene romper esa inercia de silencio que sólo nos aleja del ciudadano de a pie.

Debemos estar presentes

Pero, al menos en las intenciones, en este momento podemos ya hablar de un consenso eclesial respecto al hecho de que ***debemos estar presentes*** en múltiples formas dentro del panorama mediático. Una de ellas es la de ***contar con medios propios***. Son muchos los que la Iglesia tiene ya y que trabajan con creatividad y buen nivel profesional. En esto debemos insistir: la buena voluntad no basta. Nuestro desempeño debe ser de tal calidad que pueda competir –al menos en inteligencia- con los medios comerciales. Si nuestros medios viven su propia originalidad y los parámetros que su identidad les fija, ello les hará visibles en el conjunto de la comunicación social. Entre estos medios eclesiales existirán siempre, claro está, diversos estilos, modelos y carismas,

garantía de que alcancen a los distintos públicos que forman la sociedad.

Con mayor calidad

Pero no es suficiente esa forma de presencia para hacer escuchar la voz de la Iglesia ante la opinión pública. Aún tenemos que lograr más espacios, y de mayor calidad, en los ***medios masivos***. Esto puede lograrse no sólo cuando la Iglesia sabe ser noticia y fuente de noticias, sino también cuando actúa como referencia para comprender la realidad, como fuente de valores para dar prioridad a unos aspectos y desechar lo que no sirve. Dicho de otro modo, la Iglesia puede actuar como ***agencia de sentido*** para transformar el bombardeo de informaciones en verdadero conocimiento o sabiduría que sirva para vivir plenamente. Si la Iglesia, por ejemplo, es capaz de ofrecer

colaboraciones editoriales, análisis de la realidad o comentarios de fondo a los medios comerciales, estará haciendo un gran favor a la sociedad. En cambio, la ausencia de los criterios de Cristo en los grandes medios hará que grandes sectores sociales sigan viviendo en una gran confusión, ignorando tantos contenidos que podemos ofrecerles y que sin duda ayudarían a saciar su sed de sentido.

Relaciones públicas

Tampoco hemos de descuidar las relaciones públicas y la atención a los periodistas, en particular aquéllos que cubren las noticias religiosas. Con frecuencia un trato humano y acogedor hacia estos profesionales, así como el conocimiento y la valoración de su trabajo, pueden ser mucho más eficaces para la difusión

del mensaje eclesial que la sola expedición de noticias en forma impersonal.

Sin estereotipos

A manera de pinceladas mencionaré algunos estereotipos que solemos tener por verdaderos y que esconden aspectos fundamentales de la realidad.

- Existe, por ejemplo, un tópico según el cual la Iglesia “llega tarde” a los adelantos de la ciencia y la tecnología. Esta convicción provoca una constante sensación de prisa y hasta casi complejos de inferioridad en creyentes desprevenidos. Es cierto que en cada momento histórico la Iglesia ha tomado ciertas precauciones antes de aceptar ciegamente algunas innovaciones que provenían del mundo científico y tecnológico. Pero en los aspectos más hondos de la vida humana la Iglesia no

“responde” a los desafíos de la cultura, es ella quien los plantea. O lo que es lo mismo: la Iglesia no va a remolque de las invenciones del mundo. No debe verse a sí misma como quien responde constantemente a provocaciones. La Iglesia contiene en sí misma una tal carga de novedad y de futuro, que es una auténtica locomotora del desarrollo humano, e interpela al hombre de todos los tiempos. Ha sido y es pionera en numerosos aspectos de la convivencia humana, del arte, de la propia ciencia, de la educación. ¡También en el de las comunicaciones sociales! Recordemos que el primer libro impreso por Gutemberg fue la Biblia; y la primera radio pública del mundo fue la Radio Vaticana, instalada por el propio Marconi. La Santa Sede fue asimismo uno de los firmantes del acuerdo que dio inicio al

consorcio internacional Intelsat, la primera red intercontinental para la comunicación vía satélite.

Pero la Iglesia es pionera, sobre todo, porque es depositaria del Misterio de Aquél que vino para renovar al ser humano en su integridad. Esta convicción no debe llevarnos al orgullo o una especie de petulante lucha por el prestigio o el poder. La Iglesia desea seguir los pasos de su Maestro que vino a servir, e invitaba al abnegado amor al prójimo hasta entregar la propia vida si es el caso. Sabemos que "*llevamos este tesoro en vasijas de barro*" (2Cor 4,7). Pero esto no significa vivir en clave de eterna "reacción" a los estímulos, tantas veces contradictorios e inconexos, que la sociedad genera. Nos corresponde ***construir*** el mundo nuevo, aún en pequeño, modestamente,

como el grano de mostaza o como la levadura en la masa, pero que guarda en sí toda la potencia de la acción de Dios en el mundo.

- Otro lugar común en el que suele caerse, es pensar que la *era tecnológica* lo más importante es tener lo último en tecnología . Es obvio que debemos procurar estar al día en el "know how" y conocer las tendencias innovativas en ese campo. Pero demos a la tecnología su justo valor y no más del que tiene. Ya no somos aprendices. ¡Hemos visto cómo algunas iniciativas de comunicación, dotadas de lo último en tecnología, han muerto por falta de personal capacitado y por falta de contenidos!. Así pues, el éxito de un proyecto no está garantizado por la sofisticación tecnológica en sí misma. La Iglesia está desarrollando una acertada "cultura de uso" de

las herramientas técnicas, sin dejarse “encantar” por ellas, sino utilizándolas bien, seleccionando sólo aquello que responde a unas verdaderas necesidades pastorales. La Iglesia no desprecia ni teme a la tecnología, pues ésta no está reñida con la pobreza; la conoce, y elige la adecuada sin tampoco abandonarse a la fascinación por lo nuevo en una carrera sin fin.

- Nos queda, por otra parte, una tarea pendiente: usar los nuevos lenguajes de la cultura multimediática. No basta con que pongamos la riqueza de los textos eclesiales en Internet, incluso en muchos idiomas: aún tenemos que “traducirlos” al lenguaje de la imagen, de la música, del videojuego. El temor a “reducir” los contenidos de la fe podría darse en un grupo que tuviera otra Historia; pero no en la Iglesia, que se ha expresado plásticamente

durante muchos siglos, animando a los artistas de todo tipo para que manifiesten los misterios del Dios hecho Hombre en mil formas diversas. Tales antecedentes no pueden sino animarnos a seguir adelante en ese camino de comunicación con nuestros contemporáneos.

- Insistamos, finalmente, en la necesidad de formar humana y profesionalmente a nuestros comunicadores. La calidad profesional incluye conocimientos, habilidades, ejercicio responsable y espíritu de entrega. Un gran periodista, creador de una de las agencias de noticias más relevantes del panorama actual, repite con frecuencia que la clave del triunfo de su agencia son las personas que la componen. ¡Las personas!, tan despreciadas por una sociedad que pone su esperanza en las cosas y en el dinero, son la fuerza de la Iglesia, que no

cesa de proclamar la dignidad de cada ser humano. Así, ofreciendo espacios de crecimiento y valoración a las personas, éstas darán de sí mucho más y con mayor amor en el vasto campo de los medios de comunicación social.

III) Joseph Ratzinger, "La nueva evangelización", Roma, 10.XII.00
Conferencia pronunciada el Congreso de catequistas y profesores de religión, Roma, 10.XII.00.
La vida humana no se realiza por sí misma. Nuestra vida es una cuestión abierta, un proyecto incompleto, que es preciso seguir realizando. La pregunta fundamental de todo hombre es: ¿cómo se lleva a cabo este proyecto de realización del hombre?
¿Cómo se aprende el arte de vivir? ¿Cuál es el camino que lleva a la felicidad? Evangelizar quiere decir mostrar ese camino, enseñar el arte de vivir. Jesús dice

al inicio de su vida pública: he venido para evangelizar a los pobres (cf. Lc 4, 18). Esto significa: yo tengo la respuesta a vuestra pregunta fundamental; yo os muestro el camino de la vida, el camino que lleva a la felicidad; más aún, yo soy ese camino. La pobreza más profunda es la incapacidad de alegría, el tedio de la vida considerada absurda y contradictoria. Esta pobreza se halla hoy muy extendida, con formas muy diversas, tanto en las sociedades materialmente ricas como en los países pobres. La incapacidad de alegría supone y produce la incapacidad de amar, produce la envidia, la avaricia.... todos los vicios que arruinan la vida de las personas y el mundo. Por eso, hace falta una nueva evangelización. Si se desconoce el arte de vivir, todo lo demás ya no funciona. Pero ese arte no es objeto de la ciencia; sólo lo puede comunicar quien tiene la vida, el que es el Evangelio en persona.

Estructura y método de la nueva evangelización

Estructura

Antes de hablar de los contenidos fundamentales de la nueva evangelización

quisiera explicar su estructura y el método adecuado. La Iglesia evangeliza siempre y nunca ha interrumpido el camino de la evangelización. Cada día celebra el misterio eucarístico, administra los sacramentos, anuncia la palabra de vida, la palabra de Dios, y se compromete en favor de la justicia y la caridad. Y esta evangelización produce fruto: da luz y alegría; de el camino de la vida a numeroso personas. Muchos otros viven, a menudo sin saberlo, de la luz y del calor resplandeciente de esta evangelización permanente. Sin embargo, existe un proceso progresivo de descristianización y de pérdida de los valores humanos esenciales, que resulta preocupante. Gran parte de la humanidad de hoy no encuentra en la evangelización permanente de la Iglesia el Evangelio, es decir, la respuesta convincente a la pregunta: ¿cómo vivir? Por eso buscamos, además de la evangelización permanente, nunca interrumpida y que no se debe interrumpir nunca, una nueva evangelización, capaz de lograr que la escucho ese mundo que

no tiene acceso a la evangelización "clásica".
Todos necesitan el Evangelio. El Evangelio está destinado a todos y no sólo a un grupo determinado, y por eso debemos buscar nuevos caminos para llevar el Evangelio a todos.
Sin embargo, aquí se oculta también una tentación: la tentación de la impaciencia, la tentación de buscar el gran éxito inmediato, los grandes números. Y este no es el método del reino de Dios. Para el reino de Dios, así como para la evangelización, instrumento y vehículo del reino de Dios, vale siempre la parábola del grano de mostaza (cf. Mc 4, 31-32). El reino de Dios vuelve a comenzar siempre bajo este signo. Nueva evangelización no puede querer decir atraer inmediatamente con nuevos métodos, más refinadas, a las grandes mesas que se han alejado de la Iglesia.
No; no es esta la promesa de la nueva evangelización. Nueva evangelización significa no contentarse con el hecho de que del grano de mostaza haya crecido el gran árbol de la Iglesia universal, ni pensar

que basta el hecho de que en sus ramas pueden anidar aves de todo tipo, sino actuar de nuevo valientemente, con la humildad del granito, dejando que Dios decid cuándo y cómo crecerá (cf. Mc 4, 26-29).

Las grandes cosas comienzan siempre con un granito y los movimientos de masas son siempre efímeros. En su visión del proceso de la evolución, Teilhard de Chardin habla del "blanco de los orígenes": el inicio de las nuevas especies es invisible y está fuera del alcance de la investigación científica. Las fuentes se hallan ocultas; son demasiado pequeñas. En otras palabras, las grandes realidades tienen inicios humildes.

Prescindamos ahora de si Teilhard tiene razón, y hasta qué punto, con sus teorías evolucionistas: la ley de los orígenes invisibles refleja una verdad presente precisamente en la acción de Dios en la historia. "No por ser grande te elegí; al contrario, eres el más pequeño de los pueblos; te elegí porque te amo...", dice Dios al pueblo de Israel en el Antiguo Testamento y así expresa la paradoja

fundamental de la historia de la salvación: ciertamente, Dios no cuenta con grandes números; el poder exterior no es el signo de su presencia.
Gran parte de los parábolas de Jesús Indican esta estructura de la acción divina y responden así a las preocupaciones de los discípulos, los cuales esperaban del Mesías éxitos y señales muy diferentes: éxitos del tipo que ofrece Satanás al Señor "Te daré todo esto, todos los reinos del mundo..." (cf. Mt 4, 9).
Desde luego, san Pablo, al final de su vida, tuvo la impresión de que había llevado el Evangelio hasta los confines de la tierra, pero los cristianos eran pequeñas comunidades dispersas por el mundo, insignificantes según los criterios seculares. En realidad fueron la levadura que penetra en la masa y llevaron en su interior el futuro del mundo (cf. Mt 13, 33).
Un antiguo proverbio reza: "Éxito no es un nombre de Dios". La nueva evangelización debe actuar como el grano de mostaza y no ha de pretender que surja inmediatamente el gran árbol. Nosotros vivimos con una excesiva seguridad por el

gran árbol que ya existe o sentimos el afán de tener un árbol aún más grande, más vital. En cambio, debemos aceptar el misterio de que la Iglesia es al mismo tiempo un gran árbol y un granito. En la historia de la salvación siempre es simultáneamente
Viernes santo y Domingo de Pascua.
El método
De esta estructura de la nueva evangelización deriva también el método adecuado. Ciertamente, debemos usar de modo razonable los métodos modernos para lograr que se nos escuche; o, mejor, para hacer accesible y comprensible la voz del Señor. No buscamos que se nos escuche a nosotros; no queremos aumentar el poder y la extensión de nuestras instituciones; lo que queremos es servir al bien de las personas y de la humanidad, dando espacio a Aquel que es la Vida.
Esta renuncia al propio yo, ofreciéndolo a Cristo para la salvación de los hombres, es la condición fundamental del verdadero compromiso en favor del Evangelio: "Yo he venido en nombre de mi Padre, y no me

recibía; si otro viene en su propio nombre, a ese lo recibiréis" (Jn 5, 43).
Lo que distingue al anticristo es el hecho de que habla en su propio nombre. El signo del Hijo es su comunión con el Padre. El Hijo nos introduce en la comunión trinitaria, en el círculo del amor suyo, cuyas personas son "relaciones puras", el acto puro de entregarse y de acogerse. El designio trinitario, visible en el Hijo, que no habla en su nombre, muestra la forma de vida del verdadero evangelizador; más aún, evangelizar no es tanto una forma de hablar; es más bien una forma de vivir: vivir escuchando y ser portavoz del Padre. "No hablará por su cuenta, sino que hablará lo que oiga" (Jn 16, 13), dice el Señor sobre el Espíritu Santo.
Esta forma cristológica y pneumatológica de la evangelización es al mismo tiempo una forma eclesiológica: el Señor, y el Espíritu construyen la Iglesia, se comunican en la Iglesia. El anuncio de Cristo, el anuncio del reino de Dios, supone la escucha de su voz en la voz de

la Iglesia. "No hablar en nombre propio" significa hablar en la misión de la Iglesia. De esta ley de renuncia al propio yo se siguen consecuencias muy prácticas. Todos los métodos racionales y moralmente aceptables se deben estudiar; es un deber usar estas posibilidades de comunicación. Pero las palabras y todo el arte de la comunicación no pueden ganar a la persona humana hasta la profundidad a la que debe llegar el Evangelio. Hace pocos años leí la biografía de un óptimo sacerdote de nuestro siglo, don Dídimo, párroco de Bassano del Grappa. En sus apuntes se encuentran palabras de oro, fruto de una vida de oración y meditación. A propósito de lo que estamos tratando, dice don Dídimo, por ejemplo: "Jesús predicaba de día y oraba de noche". Con esta breve noticia quería decir: Jesús debía ganar de Dios a sus discípulos.

Eso vale siempre. No podemos ganar nosotros a los hombres. Debemos obtenerlos de Dios para Dios. Todos los métodos son ineficaces si no están fundados en la oración. La palabra del

anuncio siempre ha de estar impregnada una intensa vida de oración.
Debemos dar un paso más. Jesús predicaba de día y oraba de noche, pero eso no es todo. Su vida entera, como demuestra de modo muy hermoso el evangelio de san Lucas, fue un camino hacia la cruz, una ascensión hacia Jerusalén. Jesús no redimió el mundo con palabras hermosas, sino con su sufrimiento y su muerte. Su pasión es fuente inagotable de vida para el mundo; la pasión da fuerza a su palabra.
El Señor mismo, extendiendo y ampliando la parábola del grano de mostaza, formuló esta ley de fecundidad en parábola del grano de trigo que cae tierra y muere (cf. Jn 12, 24). También esta ley es válida hasta el fin del mundo y, juntamente con el misterio del grano de mostaza, es fundamental para la nueva evangelización. Toda la historia lo demuestra. Sería fácil demostrarlo en la historia del cristianismo. Aquí quisiera recordar solamente el inicio de la evangelización en la vida de san Pablo.

El éxito de su misión no fue fruto de la retórica o de la prudencia pastoral; su fecundidad dependió de su sufrimiento, de su unión a la pasión de Cristo (cf. 1 Cor 2, 1-5; 2 Cor, 5, 7; 11; 10 s; 11, 30; Gal 4, 12-14). "No se dará otro signo que el signo del profeta Jonás" (Lc 1 29), dijo el Señor. El signo de Jonás es Cristo crucificado, son los testigos que completan "lo que falta a la pasión de Cristo" (Col 1, 24). En todas las épocas de la historia se han cumplido siempre las palabras de Tertuliano: la sangre de los mártires es semilla de nuevos cristianos.
San Agustín dice lo mismo de modo muy hermoso, interpretando el texto de
san Juan donde la profecía del martirio de san Pedro y el mandato de apacentar, es decir, la institución de su primado, están íntimamente relacionados (cf. Jn 21, 16). San Agustín lo comenta así: "Apacienta mis ovejas, es decir, sufre por mis ovejas" (Sermón
32: PL 2, 640). Una madre no puede dar a luz un niño sin sufrir. Todo parto implica sufrimiento, es sufrimiento, y llegar a ser cristiano es un parto. Digámoslo una vez

más con palabras del Señor: "El reino do Dios exige violencia" (M 11, l2; Lc 10, 16), pero la violencia de Dios es el sufrimiento, la cruz. No podemos dar vida a otros sin dar nuestra vida. El proceso de renuncia al propio yo, al que me he referido antes, es la forma concreta (expresada de muchas formas diversas) de dar la propia vida. Ya lo dijo el Salvador: "Quien pierda su vida por mi y por el Evangelio, la salvará" (Mc 8, 35).

Los contenidos esenciales de la nueva evangelización

Conversión

Por lo que atañe a los contenidos de la nueva evangelización conviene ante todo tener presente que el Antiguo Testamento y el Nuevo son inseparables. El contenido fundamental del Antiguo Testamento está resumido en el mensaje de san Juan Bautista: "Convertíos". No se puede llegar a Jesús sin el Bautista; no es posible llegar a Jesús sin responder a la llamada del Precursor; más aún, Jesús asumió el mensaje de Juan en la síntesis de su propia predicación: "Convertíos y creed en el Evangelio" (Mc 1, 15). La

palabra griega para decir "convertirse" significa: cambiar de mentalidad, poner en tela de juicio el propio modo de vivir y el modo común de vivir, dejar entrar a Dios en los criterios de la propia vida, no juzgar ya simplemente según las opiniones corrientes.

Por consiguiente, convertirse significa dejar de vivir como viven todos, dejar de obrar como obran todos, dejar de sentirse justificados en actos dudosos, ambiguos, malos, por el hecho de que los demás hacen lo mismo; comenzar a ver la propia vida con los ojos de Dios; por tanto, tratar de hacer el bien, aunque sea incómodo; no estar pendientes del juicio de la mayoría, de los demás, sino del juicio de Dios. En otras palabras, buscar un nuevo estilo de vida, una vida nueva.

Todo esto no significa moralismo. Quien reduce el cristianismo a la moralidad pierde de vista la esencia del mensaje de Cristo: el don de una nueva amistad, el don de la comunión con Jesús y, por tanto, con Dios. Quien se convierte a Cristo no quiero tener autonomía moral, no pretende construir con sus fuerzas su propia

bondad.
Conversión (metánoia) significa precisamente lo contrario: salir de la autosuficiencia, descubrir y aceptar la propia indigencia, la necesidad de los demás y la necesidad de Dios, de su perdón, de su amistad. La vida sin conversión es autojustificación (yo no soy peor que los demás); la conversión es la humildad de entregarse al amor del Otro, amor que se transforma en medida y criterio de mi propia vida.
Aquí debemos tener presente también el aspecto social de la conversión. Ciertamente, la conversión es ante todo un acto personalísimo, es personalización. Yo renuncio a "vivir como todos"; ya no me siento justificado por el hecho de que todos hacen lo mismo que yo, y encuentro ante Dios mi propio yo, mi responsabilidad personal. Pero la verdadera personalización es siempre también una socialización nueva y más profunda. El yo se abre de nuevo al tú, en toda su profundidad, y así nace un nuevo nosotros. Si el estilo de vida común en el mundo implica el peligro de la despersonalización,

de vivir no mi propia vida sino la de todos los demás, en la conversión debe realizarse un nuevo nosotros del caminar común con Dios.
Anunciando la conversión debemos ofrecer también una comunidad de vida, un espacio común del nuevo estilo de vida. No se puede evangelizar sólo con palabras. El Evangelio crea vida, crea comunidad de camino. Una conversión puramente individual no tiene consistencia.

El reino de Dios

En la llamada a la conversión está implícito, como su condición fundamental, el anuncio del Dios vivo. El teocentrismo es fundamental en el mensaje de Jesús y debe ser también el núcleo de la nueva evangelización. La palabra clave del anuncio de Jesús es: reino de Dios. Pero reino de Dios no es una cosa, una estructura social o política, una utopía. El reino de Dios es Dios.
Reino de Dios quiere decir: Dios existe, Dios vive, Dios está presente y actúa en el mundo, en nuestra vida, en mi vida. Dios no es una "causa última" lejana. Dios no es el "gran arquitecto" del deísmo, que

montó la máquina del mundo y así estaría fuera.
Al contrario, Dios es la realidad más presente y decisiva en cada acto de mi vida, en cada momento de la historia.
En su conferencia de despedida de su cátedra en la universidad de Münster, el teólogo Juan Bautista Metz dijo cosas que nadie se imaginaba oír de sus labios.
Antes había enseñado antropocentrismo: el verdadera acontecimiento del cristianismo sería el giro antropológico, la secularización, el descubrimiento de la secularidad del mundo.
Luego enseñó teología política, la índole política de la fe; la "memoria peligrosa"; y, finalmente, la teología narrativa.
Después de este camino largo y difícil, hoy nos dice: si verdadero problema de nuestro tiempo es "la crisis de Dios", la ausencia de Dios, disfrazada de religiosidad vacía. La teología debe volver a ser realmente teo-logía, hablar de Dios y con Dios.
Metz tiene razón. Lo "único necesario" (unum necessarium) para el hombre es

Dios. Todo cambia dependiendo de si Dios existe o no existe. Por desgracia, también nosotros, los cristianos, vivimos a menudo como si Dios no existiera (si Deus non daretur). Vivimos según el eslogan: Dios no existe y, si existe, no influye. Por eso, la evangelización ante todo debe hablar de Dios, anunciar al único Dios verdadero: el Creador, el Santificador, el Juez (cf. Catecismo de la Iglesia católica). También aquí es preciso tener presente el aspecto práctico. No se puede dar a conocer a Dios únicamente con palabras. No se conoce a una persona cuando sólo se tienen do ella referencias de segunda mano. Anunciar a Dios es introducir en la relación con Dios: enseñar a orar. La oración es fe en acto. Y sólo en la experiencia de la vida también la evidencia de su existencia. Por eso son tan importantes las escuelas de oración, las comunidades de oración. Son complementarias la oración personal ("en tu propio aposento", solo en la presencia de Dios), la oración común "paralitúrgica" ("religiosidad popular") y la oración litúrgica. Sí, la liturgia es ante todo oración:

su elemento específico consiste en que su sujeto primario no somos nosotros (como en la oración privada y en la religiosidad popular), sino Dios mismo. La liturgia es actio divina, Dios actúa y nosotros respondemos a la acción divina.
Hablar de Dios y hablar con Dios deben ir siempre juntos. El anuncio de Dios
lleva a la comunión con Dios en la comunión fraterna, fundada y vivificada por Cristo.
Por eso la liturgia (los sacramentos) no es un tema adjunto al de la predicación del Dios vivo, sino la concretización de nuestra relación con Dios.
En este contexto desearía hacer una observación general sobre la cuestión litúrgica. Con frecuencia nuestro modo de celebrar la liturgia es demasiado racionalista. La liturgia se convierte en enseñanza, cuyo criterio es que la entiendan.
Eso a menudo tiene como consecuencia la banalización del misterio, el predominio de nuestras palabras, la repetición de una serie de palabras que parecen más inteligibles y más gratas a la gente. Pero

esto es un error no sólo teológico, sino también psicológico y pastoral. La ola de esoterismo, la difusión de técnicas asiáticas de distensión y de auto-vaciamiento muestran que en nuestras liturgias falta algo.
Precisamente en el mundo actual necesitamos el silencio, el misterio supraindividual, la belleza. La liturgia no es una invención del sacerdote celebrante o de un grupo de especialistas. La liturgia –el rito– se ha desarrollado en un proceso orgánico a lo largo de los siglos; encierra el fruto de la experiencia de fe de todas las generaciones.Aunque los participantes tal vez no comprendan todas sus fórmulas, perciben su significado profundo, la presencia del misterio, que trasciendo todas las palabras. El celebrante no es el centro de la acción litúrgica; no está delante del pueblo en su nombre propio, no habla de sí y por sí, sino in persona Christi. Lo que cuenta no son las cualidades personales del celebrante, sino sólo su fe, en la que se debe reflejar
Cristo. "Conviene que él crezca y yo disminuya" (Jn 3, 30).

Jesucristo. Con esta reflexión el tema de Dios ya se ha extendido y concretado en el tema de Jesucristo. Sólo en' Cristo y por Cristo el tema de Dios se hace realmente concreto:
Cristo es el Emmanuel, el Dios con nosotros, la concretización del "Yo soy", la respuesta al deísmo. Hoy es muy fuerte la tentación de reducir a Jesucristo, el Hijo de Dios, sólo a un Jesús histórico, sólo a un hombre. No se niega necesariamente su divinidad, pero con ciertos métodos se destila de la Biblia un Jesús a nuestra medida, un Jesús posible y comprensible en los parámetros de nuestra historiografía. Pero este "Jesús histórico" es una elaboración, la imagen de sus autores y no la imagen del Dios vivo (cf. 2 Cor 4, 4 s; Col 1, 15). El Cristo de la fe no es un mito. El así llamado "Jesús histórico" es una figura mitológica, inventada por diversos intérpretes. Los doscientos años de historia, del "Jesús histórico" reflejan fielmente la historia de las filosofías y de las ideologías de este periodo.

En los límites de esta conferencia me es imposible tratar los contenidos del anuncio del Salvador. Sólo quisiera aludir brevemente a dos aspectos importantes. El primero es el seguimiento de Cristo. Cristo se presenta como camino de mi vida. Seguimiento de Cristo no significa imitar al hombre Jesús. Ese intento fracasaría necesariamente; sería un anacronismo. El seguimiento de Cristo tiene una meta mucho más elevada: identificarse con Cristo, es decir, llegar a la unión con Dios. Esa palabra tal vez choque a los oídos del hombre moderno. Pero, en realidad todos tenemos sed de infinito, de una libertad infinita, de una felicidad ilimitada. Toda la historia de las revoluciones de los últimos dos siglos sólo se explica así. La droga sólo se explica así.

El hombre no se contenta con soluciones que no lleguen a la divinización. Pero todos los caminos ofrecidos por la "serpiente" (cf. Gn 3, 5), es decir, la sabiduría mundana, fracasan. El único camino es la identificación con Cristo, realizable en la vida sacramental. Seguir a Cristo no es un asunto de moralidad, sino un tema

"mistérico", un conjunto de acción divina y respuesta nuestra.
Así, en el tema del seguimiento se encuentra presente el otro centro de la cristología, al que quería aludir: el misterio pascual, la cruz y la resurrección.
De ordinario en las reconstrucciones del "Jesús histórico" el tema de la cruz carece de significado. En una interpretación "burguesa" se transforma en un accidente de por sí evitable, sin valor teológico; en una interpretación revolucionaria se convierte en la muerta heroica de un rebelde.
La verdad es muy diferente. La cruz pertenece al misterio divino; es expresión de su amor hasta el extremo (cf. Jn 13, l). El seguimiento de Cristo es participación en su cruz, unirse a su amor, a la transformación de nuestra vida, que se convierte en nacimiento del hombre nuevo, creado según Dios (cf. Ef 4, 24). Quien omite la cruz, omite la esencia del cristianismo (cf. 1 Cor 2, 2).
La vida eterna
Un último elemento central de toda verdadera evangelización es la vida eterna.

Hoy, en la vida diaria, debemos anunciar con nueva fuerza nuestra fe. Aquí quisiera sólo aludir a un aspecto a menudo descuidado actualmente de la predicación de Jesús:
el anuncio del reino de Dios es anuncio del Dios presente, del Dios que nos conoce, que nos escucha; del Dios que entra en la historia para hacer justicia. Por eso, esta predicación es anuncio del juicio, anuncio de nuestra responsabilidad. El hombre no puede hacer o dejar de hacer lo que le apetezca. Será juzgado. Debe rendir cuentas.
Esta certeza vale tanto para los poderosos como para los sencillos. Si se respeta, se trazan los límites de todo poder de este mundo. Dios hace justicia, y en definitiva sólo él puede hacerla. Nosotros lograremos hacer justicia en la medida que seamos capaces de vivir en presencia de Dios y de comunicar al mundo la verdad del juicio.
Así el artículo de fe del juicio, su fuerza de formación de las conciencias, es un contenido central del Evangelio y es realmente una buena nueva. Lo es para

todos los que sufren por la injusticia del mundo y piden justicia. Así se comprende también la conexión entre el reino de Dios y los "pobres", los que sufren y todos los que viven las bienaventuranzas del sermón de la Montaña. Están protegidos por la certeza del juicio, por la certeza de que hay justicia.

Este es el verdadero contenido del artículo del Credo sobre el juicio, sobre
Dios juez: hay justicia. Las injusticias del mundo no son la última palabra de la historia.

Hay justicia. Sólo quien no quiera que haya justicia puede oponerse a esta verdad. Si tomamos en serio el juicio y la grave responsabilidad que de él brota para nosotros, comprenderemos bien el otro aspecto de este anuncio, es decir, la redención, el hecho de que Jesús en la cruz asume nuestros pecados; que Dios mismo en la pasión de su Hijo se convierte en abogado de nosotros, pecadores, y así hace posible la penitencia,
la esperanza al pecador arrepentido, esperanza expresada de modo admirable en las palabras de san Juan: "Dios es

mayor que nuestra conciencia y conoce todo" (Jn 3, 20).
Ante Dios tranquilizaremos nuestra conciencia, independientemente de lo que nos reproche.
La bondad de Dios es infinita, pero no la debemos reducir a un empalago sin verdad. Sólo creyendo en el justo juicio de Dios, sólo teniendo hambre y sed de justicia (cf. Mt 5, 6), abrimos nuestro corazón, nuestra vida, a la misericordia divina. No es verdad que la fe en la vida eterna quite importancia a la vida en la tierra. Al contrario, sólo si la medida de nuestra vida es la eternidad, también esta vida en la tierra es grande y su valor inmenso. Dios no es el rival de nuestra vida, sino el garante
de nuestra grandeza. Así volvemos a nuestro punto de partida: Dios. Si consideramos bien el mensaje cristiano, no hablamos de un montón de cosas. El mensaje cristiano es en realidad muy sencillo: hablamos de Dios y del hombre, y así lo decimos todo.